

**VALENTÍ  
PUIG**

**Memoria  
o caos**

*Por la continuidad de la  
tradición cultural de Occidente  
y contra la desmemoria  
de nuestros días*

**VALENTÍ  
PUIG**

**Memoria o caos**

*Por la continuidad  
de la tradición cultural  
de Occidente y contra la  
desmemoria de nuestros días*

**DESTINO** Referentes

Volumen 3

© Valentí Puig, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Raval Edicions, S. L. (2019)

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-233-5632-4  
Depósito legal: B. 20.024-2019  
Impreso por Liberdúplex  
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91702 19 70 / 93 272 04 47.



# ÍNDICE

Antes de entrar dejen salir	7
Ponte informal	29
El principio de ingratitud	45
Todos víctimas	59
Cuadros de costumbres	75
Adiós a padres y maestros	99
No leer compensa	113
Epílogo	131

# Antes de entrar dejen salir

Juventud de los reyes bárbaros, muscularse en el gimnasio con entrenador personal y tomar zumos de pera antes de volver al apartamento Ikea. En otros tiempos, el espíritu de equilibrio, capaz de pensamiento vivo y de la grandeza del arte, sustentaba las acrópolis. El desequilibrio crónico del siglo XXI, para quienes confiamos más en los progresos que en el progreso, tiene atajos y esquinas que determinan nuevas costumbres, formas y convenciones casi siempre engendradas en el vientre de alquiler de la desmemoria. Detesto las formas y las costumbres del nuevo siglo. No me gustan el absolutismo del tuteo, los camareros con camisa negra, la España tatuada, que andemos por la calle como zombis con un iPhone. Me incomodan el emocionalismo, sentirse víctimas de todo y contra todo, el sincorbatismo, exigir

nuevos derechos y ridiculizar los deberes. No quiero andar por la calle con un botellín de agua mineral ni dejar de dar las gracias. No acepto equiparar a Beethoven con el rap, creerse inocentes en un mundo hobbesiano, destruir los recetarios de nuestra abuela. Me parece catastrófico el desprestigio de la lectura, de la vida intelectual, el narcisismo del selfi y los mayores que quieren ser muy jóvenes. Prefiero la belleza de la arruga a la patética carnosidad del bótox. Querer ser siempre jóvenes degrada. Que el honor y la integridad sean considerados como una vieja serie filatélica da grima. La familia se fragmenta como las porciones de una pizza a domicilio. El lenguaje se desarticula, se oxida el clásico utillaje del pensamiento. La civilización se ha convertido en un clínex de usar y tirar.

La diosa de la memoria, a menudo representada por figuraciones dulces y no por la erosión cruel, hoy ni tan siquiera es tema de grafitis. Es irremisible la sequía en *streaming* del arte de la memoria y la invasión del caos. En la era victoriana, Frederic Leighton pintó la diosa de la memoria sentada en un trono, con una corona de hojas de laurel, toda sutileza y

confianza en la infinitud venidera. De esta Mnemósine —madre de las musas— saltamos a los relojes derretidos en *La persistencia de la memoria* de un jovenísimo Dalí, en 1931. En la segunda década del siglo XXI, la memoria dura lo que dura una pieza de Banksy, concebida para autodestruirse. En ese *crescendo* fatal, un siglo y medio de liquidación de la memoria nos contempla. Invocar el tiempo de civilización de la memoria no es nostalgia de un viejo orden. Es que la desmemoria banaliza y corrompe, como un despojo residual, lo que la memoria todavía preservaba de la extinción. Sin conocimiento y respeto por el pasado, ¿para qué debiéramos asegurarnos el latido de la excelencia, de la superación, de la ambición por el dominio de la palabra, la exaltación de belleza, la trascendencia o la integridad de la virtud pública? Los peones de la nueva barbarie han entrado en casa y a martillazos destruyen el disco duro de la memoria individual —moral, estética— y colectiva, como comunidad y continuidad. Las formas transgresoras de La Fura dels Baus conjuraron la conmemoración de los doscientos años del Museo del Prado. Aquellas tres horas preceptivas de Eugenio d'Ors se venden

ahora empaquetadas en tetrabrik, en un vuelo de serpentinadas de bazar chino.

Del mismo modo que tenemos la libertad de imprecisar y lamentar los vicios de nuestro tiempo, reconocámonos la libertad de adaptarnos, errar o, por efecto de una intuición, captar un sesgo de luz o una interpretación razonable, de manera que nos haga ver esos vicios no como virtudes —al igual que un abuso de razón en el vacío—, sino como elementos cambiantes y accidentales de una naturaleza humana que tuerce su ramaje en busca de oxígeno. Bajo la espuma —tan banal, tan fungible— de nuestro tiempo siguen existiendo aquellos enigmas que inquietan al hombre desde que bajamos de los árboles y comenzamos a andar.

Lo peor de nuestra época son las nuevas costumbres y la falta de formas. Con la aniquilación acelerada de la memoria como civilización, perdemos formas, sentido de la continuidad, porque vivimos sin pensar que tantas cosas que estamos haciendo —recordar un poema, cantar una tonadilla, dar los buenos días al vecino, ponerle aceite al pan— provienen de siglos e incluso podrían remontarse, como ocurre



con las primeras formalizaciones de la no agresión, al origen de los tiempos, como nexo temporal con las civilizaciones más antiguas. Los historiadores suponen que si el Antiguo Egipto pudo durar tres milenios fue porque como civilización logró permanecer, preservarse, continuar. Una memoria de tres milenios, comparada con la desmemoria de la era digital, tiene que parecernos monstruosa, como una esclavitud cruel.

Subamos a un tren de cercanías en horas bajas, arca de Noé no para la vida razonable, sino para la anomalía social, para la anomia y la desconexión. Precoces inventores de estafas por internet fumándose un porro, sujetos con música de hip hop a todo volumen, abrazos sexuales sin mucha escenificación, latas de cerveza que dan vueltas por el vagón que huele a sudores de *after hours*, lenguajes antisistema, tipos saltando de un asiento a otro o ensimismados con un videojuego, ancianos absortos en su indefensión, perritos falderos con dentellada, seres humanos convertidos en gente. Esos trayectos de cercanías son ejemplares. La libertad de costumbres, si se supone un albedrío sin límites, anula la misma no-

ción de costumbre. Hoy, en la vorágine de la aceleración del cambio, sobran las formas del pasado. Sin memoria, ¿qué son las instituciones que provienen del pasado y dan seguridad a nuestro futuro?

Entre la alegría mórbida del *fin-de-siècle* y lo que vino después del 11-S, tomó más cuerpo la sospecha de que un sistema de pensamiento políticamente correcto traiciona la consistencia de las formas. Más allá de la curva del olvido o del polémico síndrome de los falsos recuerdos, Occidente padece una amnesia cultural cuyos efectos son los olvidos de la masa que, siglos después de la moral heroica, anulan los posibles arraigos de las personas, toda noción del bien común, todo lo que no sea autogratificación instantánea. Ciertamente es que en todas las fases de la historia de Occidente —esplendorosas o no— alguien proclama que se ha llegado a un decaer irreversible.

En coincidencia con la efusión emancipadora de los años sesenta, comenzaron a desaparecer aquellos rótulos que, en el frontispicio de los ascensores, daban un consejo elemental: «Antes de entrar, dejen salir». Era una fórmula a la vez convencional y utilitaria. Regulaba lo que podía ser un trance de confusión.

Al desaparecer el rótulo, la confusión ha aumentado. Era una costumbre con sentido. Daba libertad. Sabías que al salir del ascensor no toparías con alguien cabizbajo dispuesto a entrar como un mamut, un alud de damas con bolsas de la compra, un sujeto que te da un golpe bajo con su casco de motorista o con un hippy abriéndose paso a golpes de mochila. La norma –sugerida, no reglamentada– protegía ese margen de espacio que necesitamos para que el imperativo territorial de nuestro cuerpo en movimiento no vaya a chocar con la intromisión de otro cuerpo. Era algo distinto a cederle el asiento del autobús a una persona mayor o a una mujer preñada. Era más: era la formalización de una defensa. Protegía la autonomía de nuestro espacio personal al desplazarse entre individuos desconocidos. Regulaba nuestro comportamiento como hombre-masa, tan proclive a la estampida.

La utilidad de aquella advertencia puede todavía rastrearse en las formas de comportamiento, pero es una gota de agua en comparación con el *stock* de memorias perdidas, adscritas a formas ancestrales que se evaporaron. En *El proceso de la civilización* (1939),

Norbert Elias sostiene que la civilización no es racional y tampoco irracional, sino que se pone y se mantiene en marcha por medio de la dinámica propia de una red de relaciones, por medio de cambios específicos en la forma en que los hombres están acostumbrados a vivir. Es decir, el proceso civilizador no es iniciado por hombres capaces de planificarlo y ordenarlo: ciertamente, ocurre así porque esa incapacidad es lo que presupone que los procesos de civilización sean tan largos. Eso es: el interminable aprendizaje de las formas de autocontrol, de auto-coacción, de la estabilidad resultante como forma civilizatoria. Entre otras cosas, es el margen del monopolio de la violencia.

El ser humano quisiera saber por qué sueña y según qué pautas. Sin memoria no hay civilización y por esta razón el nihilismo es una forma de desmemoria. Si todo es relativo, entonces no somos libres. Tampoco podríamos creer. Todo es relativo, luego todo vale. Por eso se dice —con cierta frivolidad— que ya no existen grandes relatos, metarrelatos. De nuevo es el mal de la desmemoria, porque la Historia, con sus triunfos y fracasos, rebosa de metarrelatos. Lo es

una noche en un portal de Belén o el devenir de la conciencia europea, como lo fueron la lucha contra la esclavitud, por ejemplo, o la separación entre Iglesia y Estado. Al mismo tiempo, la cultura antagónica desestabiliza el afán de Occidente —la pasión y el deber— a la hora de defender su identidad, una identidad puesta en duda y finalmente negada.

Los científicos aducen que, como ocurre con Google y otros buscadores, al dar por hecho que podemos encontrar *online* un dato de modo casi instantáneo, prescindimos del esfuerzo que nos llevaría recordarlo. ¿Para qué ejercer el arte de la memoria si todo está en Wikipedia, en la vastedad de Google? La voluntad de recordar retrocede y llegamos a la histeria al no ubicar un dato o al constatar que nuestro buscador habitual no nos da respuestas. Lo mismo ocurre con el *smartphone* del que dependemos como de un balón de oxígeno. Antes de dormir echamos un vistazo a la pantalla —como en otros tiempos rezábamos las oraciones— y, nada más despertarnos, buscamos el móvil en la mesilla de noche como quien tantea en la oscuridad, extraviado en las autopistas del ciberespacio. Y al indagar *online*, los almacenes

de información asequible nos sobrepasan. Es otra concepción del infierno: verse perdido en medio del océano, en un islote con palmera para náufragos sin ADSL ni cobertura. A la vez, por uno de tantos enigmas portentosos de la creación, los microchips envejecen y se hacen obsoletos, pero millones de células de nuestro cuerpo se van renovando e incluso preservan intacta la capacidad de recordar la montura de las gafas de la enfermera que nos puso la primera inyección o la sensación de desamparo cuando vimos pasar en vano nuestro primer enamoramiento.

A lo largo de los siglos, atribuir los males de la civilización a la decadencia de las costumbres se ha convertido en una constante cíclica. Pero sea realidad o simple percepción, esa decadencia está llegando a un vacío afásico. La declinología ha regresado como comparsa sombría de los vértigos digitales y de la omnipotencia del teléfono móvil en el bullicio trivial de la mente. Bajan los índices de lectura y se derrumban los últimos contrafuertes del elitismo meritocrático. Incontables diagnósticos de decadencia occidental mueblan los museos antropológicos, desde mucho antes de la idiotización del *homo videns* y

de la comprensión de lo complejo en el simplismo de Twitter. El progreso ya no es lo que era. Andamos pisando la línea de sombra entre las formas de cohesión pública y privada. El relativismo nos ha situado en las antípodas de la voluntad de obra bien hecha. El posmodernismo relativizó no solo la negación de la verdad, sino también la negación del ideal de la verdad. Vivimos en nichos. Somos tribus morales en confrontación. La segmentación del bien común quién sabe adónde nos llevará si no reequilibramos autonomía individual y experiencia de comunidad, Estado y mercado, la calidad de nuestra pertenencia a algo que es colectivo sin dejar el margen de libertad de individuos responsables.

Cuando cayó el muro de Berlín, el rector de una universidad de prestigio mundial desestimó contratar un experto en seguridad porque ese ya era un saber innecesario: «Ya no estudiamos la guerra, porque no hay guerra». He aquí el error postrágico porque, desde luego, la guerra no ha dejado de existir. En el París de finales de una *belle époque* que había dejado la amenaza chauvinista para los letristas de los *chansonniers*, la política revanchista acaba por encenagar

la conciencia europea, y con la presidencia de Poincaré y su afán de recuperar la Lorena en manos de los alemanes la alegría de vivir decae y se acorta el tiempo para el estallido de la Gran Guerra. Después, en 1928, enterrada ya toda una generación aniquilada por la guerra, otra *belle époque* se acoge a las bondades inoperantes de la Sociedad de Naciones y escenifica el pacto Briand-Kellogg por el que los quince países signatarios –entre ellos, Alemania y Francia– acordaban no recurrir a la fuerza militar para la resolución de los conflictos internacionales. Era un precedente de la fórmula posmuro de Berlín para el fin de la guerra como sustituta de la política. Hoy cada año todavía suena el gran *gong* para conmemorar a los muertos de Hiroshima y Nagasaki y, en las tierras normandas, los cementerios de los soldados norteamericanos caídos en combate se empapan de lluvia fina. Más de ocho décadas después, unos drones han fotografiado las humaredas y ruinas de la guerra siria después de que los bombarderos devastasen Alepo.

Tácito afirma que quien promueve la austeridad de costumbres es Vespasiano: consiguió que fuera más fuerte el respeto por el príncipe y el afán de emu-



larlo que el castigo de la ley y el miedo. Tal vez –añade– en todas las cosas hay un ciclo, por el que las costumbres, como las estaciones, se van alternando, pero no puede decirse que todo fue mejor en la Antigüedad, sino que también nuestra edad ha legado a la posteridad muchos ejemplos de moral y talento. No hay lindes claras ni espacios estancos por lo que al final hemos de reconocer que el paso de la Antigüedad a la barbarie o de la Edad Media al Renacimiento es difuso. Federico el Grande dijo, en 1780, que la literatura alemana prácticamente no existía. Según subraya Elias, tan solo un año después, se publican la *Crítica de la razón pura* de Kant y *Los bandidos* de Schiller. Al poco, aparece *Ifigenia* de Goethe. La literatura alemana tenía ya plena presencia en el mapa de la literatura europea.

Sabemos que Solzhenitsyn advirtió –en Harvard en 1978– de la decadencia de Occidente, pero ¿quién era Solzhenitsyn? Según sus detractores, un barbudo cascarrabias y paneslavista que al salir de sus años terribles en el Gulag se vino a Madrid para hacerse cómplice franquista, según Juan Benet. Occidente no cumplía sus promesas, le temblaban las piernas

ante los poderes del desarme espiritual. Por eso lo más fácil era acusar a Solzhenitsyn de ingratitud: en la Unión Soviética por prófugo; en Occidente por desagradecido a la hospitalidad del sin papeles. Pero Solzhenitsyn, hoy silenciado por lo políticamente correcto, sabía que la línea de partición entre el bien y el mal pasa por el corazón de cada hombre.

Consideramos que el mito de la autenticidad es una nueva forma de hipocresía, pero tiene efectos beneficiosos si somos hipócritas con mesura; es decir, si guardamos memoria de los desperfectos del impudor o de la errática condición humana. Sin memoria, las relaciones humanas —especialmente las familiares— pierden sentido. La figura sabia y pletórica del abuelo se ha convertido en el perfil de un tipo anodino que con la crisis de 2008 dejó de jugar a la petanca y pasaba el tiempo acompañando a los nietos a la escuela, refunfuñando que el tiempo pasado siempre fue mejor. Ya en casa, el niño se encierra en la habitación con la videoconsola y apenas mordiaquea su ración de pizza.

La prioridad del hombre vulgar —anunciada por Ortega— crece al depender de un Estado providen-

cial. El orteguiano «señorito satisfecho» ha tomado el poder masificado con su *reality show*, su desdén por el pasado en común, la autosatisfacción tecnohedonista y el cambio de sexo sufragado por la sanidad pública. Tal vez la magnitud del cambio de época que estamos viviendo sin saber cómo quizás se ajusta más a la teoría del caos que a los sistemas evolutivos, más al colapso que a la estabilidad, pero todavía todo es impredecible, como los paradigmas de un nuevo tiempo aún no formulado. Ni tan siquiera podríamos perfilar cómo se suman las propensiones colectivas —sociales, científicas, políticas o económicas— para prefigurar nuestras respuestas al cambio. Ha ocurrido en otros momentos, aunque no estamos ante un caso de fatalidad sin causa como fue el año mil, ni ante una suma de factores negativos como los que dislocaron los años treinta del siglo xx. Es decir: un cambio de época se produce cuando no sabemos interpretar lo que está ocurriendo hasta que, de modo repentino o gradual, lo constatamos. Tal vez sea el paulatino desuso de un lenguaje, de una sintaxis y de un vocabulario. Entonces ¿pasamos a usar otro lenguaje porque el lenguaje al uso pierde sentido histórico?

Incentivados por la nueva desmemoria, es costumbre dar por hecho que la idea de rutina –costumbre sedimentada– es peyorativa. Es otro gran error de nuestra época. En *La configuración del tiempo* (1962), el historiador del arte George Kubler dice que la variación sin límite es sinónimo de caos, pero que, por suerte, el número de actos rituales en una vida humana excede en mucho a las pocas acciones alternativas o emergentes que le permite –honor o uso– su rutina diaria. El tejido de gestos rituales da acceso a la vida en una sociedad reconocida porque «cada sociedad liga y cubre al individuo dentro de una estructura invisible y de muchas capas de rutina». Son deberes ceremoniales, de la familia al Estado: en fin, la civilización. Ceremonias y rutinas protegen la memoria de las formas. Sin memoria, nada puede ser conservado. Así, falsa paradoja, perdemos libertad de elección y ya no existen el bien ni el mal.

Emma Bovary mira por la ventana con cierto hastío y se queja de la rutina de Yonville. Eso es el bovarismo, incomodable a la realidad, nacido para insatisfacer y hacer desgraciado a ese doctor Bovary que tanto ama a su mujer y que es un hombre íntegro,

compasivo, capaz de una resignación ejemplar. Somos un siglo rebosante de bovarismo porque exhibimos la desazón narcisista al tiempo que nunca ha habido más oportunidades, más libertad de elección, aunque prefiramos no tomarnos la molestia de elegir. Da pereza ser libre.

A uno puede gustarle vivir en un piso Ikea, indiferente al hecho de que esos muebles son una forma industrial de la desmemoria. No hay lugar en casa para ese tresillo retapizado por sucesivas generaciones, ni para las viejas colecciones de revistas encuadernadas. Ningún escondrijo para los hatillos de cartas que amarillean como hojas llevadas por el viento en el viejo parque que ya tan solo existe en la memoria de unos pocos. Lo útil, ¿no puede ser bello? Por ejemplo, el mango de una azada. Sabiduría de los usos ancestrales frente a la inocuidad temporal del diseño, vidas intercambiables como un neumático de coche. Es el piso de Ikea, dejamos de tener historia propia. Los armarios no guardan esqueletos, ha desaparecido el paraguas del abuelo que fue procurador en los tribunales. Idénticos rellanos, el mismo sofá sin pasado: ni una vajilla con los platos mellados,

ni la cafetera con sus borborismos que de buena mañana renunciaba un día laborioso. Apartamentos sin pasado, con el portero automático para atender a repartidores de sushi a domicilio.

No es casualidad que se ponga en duda un sistema demoliberal que, por su propia naturaleza y evolución, se autopropone reformas pero no tiene sustitutos. Aburre pero resiste. Esa duda existe en paralelo con la universalización de un individualismo –de una autonomía individual– que tiene poco que ver con el individualismo que procedía de la iniciativa y la responsabilidad. Ahora el individualismo se refugia en la autogratificación y el selfi narcisista. El bovarismo incluso se lamenta del Estado de bienestar.

Ciberguerrillas, nuevas supersticiones, sociedad poscapitalista, un sistema financiero mutante, fenómenos tan regresivos como la disrupción populista, la idea de persona que choca con las tesis trashumanistas, y también es cierto que la humanidad, a pesar de todo, nunca había vivido en mejores condiciones que ahora, por muchas precariedades que constatemos. En *Usos del pesimismo* (2010), Roger Scruton dice que en el origen de la crisis económica de 2008,

al adquirir el hábito de posponer el pago de las deudas, fuimos un caso más de cómo una ilusión toma el control de los acontecimientos, de modo que la responsabilidad mengua en un sistema cuyos mecanismos dependen fundamentalmente de la conciencia del deber para seguir funcionando, ya que el crédito depende de la confianza y la confianza, de la conciencia moral. ¿Es esa la razón de una desfiguración del bien común y de la responsabilidad ética, de unas nuevas generaciones que son muy frágiles por haber sido sobreprotegidas y a las que corresponderá poner orden en el desorden, como, por ejemplo, mantener fiscalmente los costes del Estado de bienestar dado el vuelco de la ratio? Globalización y retorno a las identidades. ¿Tiene que ver con que las democracias avanzadas nieguen que existan enemigos interiores y exteriores y que por tanto no hace falta defenderse?

Sin los usos trascendentales de la memoria somos sociedades desvinculadas al máximo, envejecidas, con pocos niños jugando en los parques. Como Narcisos relativistas, acatamos la *new age*, religiones del todo a cien, el sírvase usted mismo. Cuanta más

volatilidad, menor consistencia. Cuanta mayor incongruencia, más hostigamiento. Cuantos más telepredicadores, menos matices. Nos convertimos en una masa con un carrito de la compra, porque preferimos no tener memoria ni considerar las enseñanzas del pasado sobre lo que somos y sobre la complejidad del mundo. Costumbres y convenciones, al contrario de lo que se supone, acreditan la calidad intelectual porque vinculan formas del pasado y expectativas de presente, mucho más garantizadas así que por la vía de la ruptura y la transgresión.

Se nos dice que los procesos cerebrales que se representan en nuestra conciencia solo son una mínima parte, un fragmento, de lo que ocurre en nuestra cabeza. Para el profesor Michael Gazzaniga, explorador de la división entre los dos hemisferios cerebrales, somos agentes personalmente responsables y dueños de nuestros actos, a pesar de que vivimos en un mundo determinado. Argumenta que somos personas y no cerebros: es decir, somos la abstracción que ocurre cuando una mente, que emerge de un cerebro, interactúa con el cerebro. El cerebro en gran manera trabaja con el piloto automático: primero ac-



túa y luego se hace las preguntas. Cada vez que guardamos memoria se van creando nuevas conexiones cerebrales. Portentosamente, el cerebro es capaz de adaptarse a la experiencia vital.

Pongamos por caso a Ana Frank. Mantuvo indemne la civilización mientras pudo ver un castaño de Ámsterdam por una rendija del refugio en el que sobrevivía su familia, perseguida por los nazis. En 1944 Ana Frank escribe: «Nuestro castaño está completamente en flor, cubierto de hojas e incluso más bello que el año pasado». Desde entonces, Ana Frank pende de un hilo de la memoria, cada vez más vulnerable. Semanas después, a consecuencia de alguna delación, el refugio de los Frank fue descubierto por la Gestapo. En el campo de exterminio de Bergen-Belsen, ella murió de tifus muy poco antes de que los aliados llegasen. Incluso ha desaparecido el castaño con gotas de lluvia ensartadas en la fina rama, el castaño con los pájaros posados a media tarde: escribir, mantenerse en el silencio para no alertar a los nazis, convivir con los roces y malentendidos de la familia, ser una adolescente aprendiz de escritora, en un zulo.

Sin memoria no hay literatura. Cae abatido el castaño de Ana Frank. Remodelar las comunidades humanas en torno a valores comunes se convierte, casi de repente, en una cuesta empinada, un pedregal, un puñado de cenizas. La nueva versión de Pokémon conecta con alguna forma de falla neuronal. Somos comunidades en falso, burbujas de emocionalismo, identidades ilusorias, redes del mal y a la vez fuentes inagotables de conocimiento racional. Licuar más memoria sería el caos.